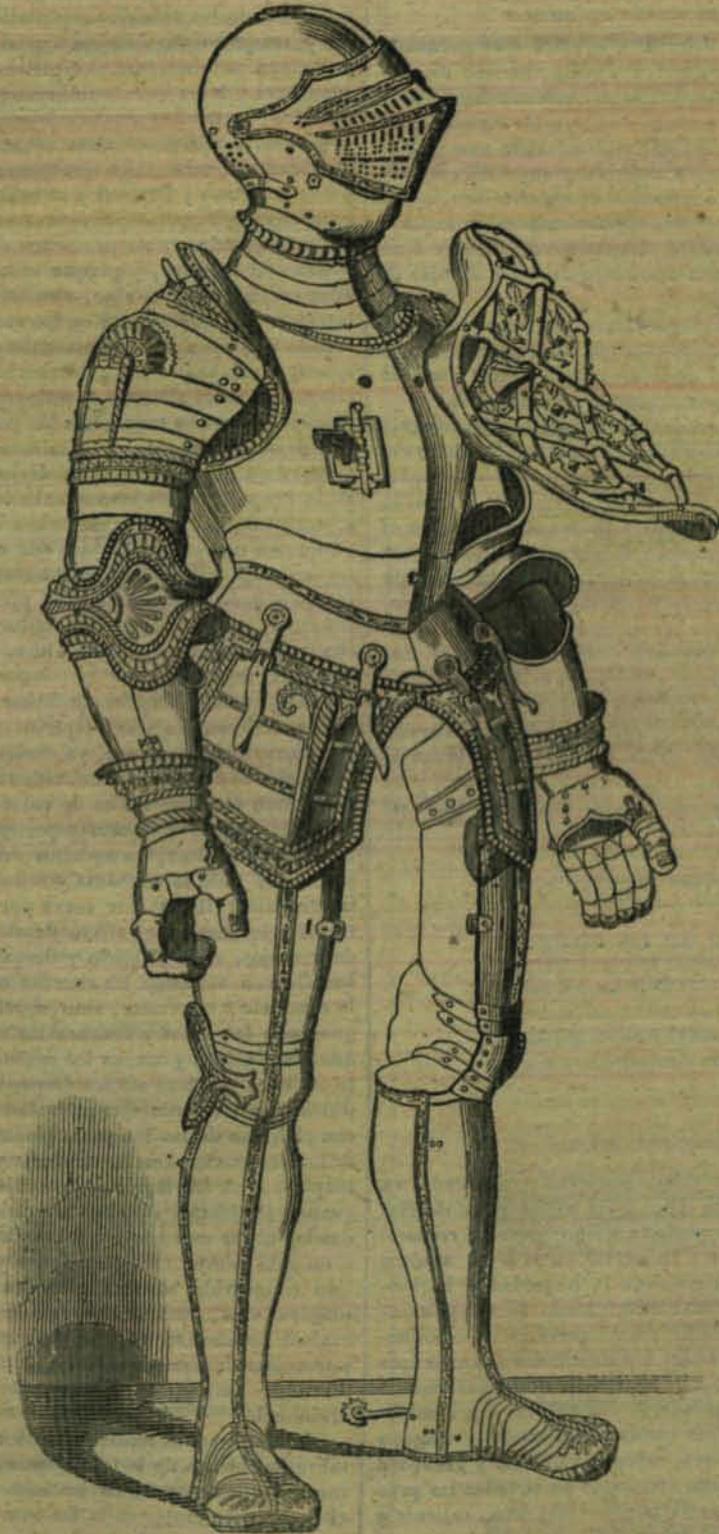


## ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



LA ARMADURA DE D. JUAN DE AUSTRIA.

.....  
 Gocemonos amado,  
 Y vamos á ver en tu hermosura  
 Al monte ó al collado  
 Do mana el agua pura  
 Entremos mas adentro en la espesura.

Y luego á las subidas  
 Cabernas de las piedras nos iremos  
 Que estan bien escondidas,  
 Y allí nos entraremos  
 Y el mosto de granados quitaremos.

.....  
 Y luego me darias  
 .....  
 El aspirar del aire,  
 El canto de la dulce Filomena,  
 El soto y su donaire,  
 En la noche serena  
 Con llama que consume y no da pena.

Que nadie lo miraba  
 Aminadab tampoco parecia,  
 Y el cerco sosegaba,  
 Y la caballería  
 A vista de las aguas descendia.

En esta delicadísima cancion todo es pasion, todo figuras y misterios, pues siendo imposible de declarar con palabras las emociones que hace sentir á las almas aquel amor tan inmenso que como se lee en el libro de la sabiduría, toca desde un fin á otro fin, recurre nuestro autor á figuras, imágenes y comparaciones estrañas que rebosan algo de lo que el pecho siente, y que si no se leen con la sencillez del espíritu de amor é inteligencia que ellas llevan, parecen mas bien dislates que dichos puestos en razon, segun se ve en los divinos cantares de Salomon, y en otros libros donde no queriendo el Espíritu Santo dar á entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla misterios en estrañas figuras, y semejanzas imposibles de declarar por mas que los doctores se esfuerce en ello. Esta es la causa porque lejos de engolfarnos en la esplicacion de tantas imágenes como adornan en esta cancion, dejaremos estos amorosos afectos en toda la latitud de su sentido, para que cada cual les de por sí la mas pura y delicada interpretacion que su alma y su entendimiento les inspiren.

Pero concluyamos esta mal trazada esposicion dirigiendo una rápida ojeada á las demas obras de este afamado escritor. Sus cartas espirituales respiran aquella sencillez y dulzura evangélica que tambien sientan á los que se dedican á dirigir el interior de las almas, teniendo únicamente que lamentar que hayan visto la luz pública tan escaso número.

Acerca de sus composiciones poéticas si bien algunas se resienten de los conceptos equívocos, reduplicaciones y puerilidades propias de las poesías devotas de su siglo, la mayor parte nos ofrecen fluidez y naturalidad en su versificación, haciendo brillar en ellas en toda su magestad y grandeza el sistema del cristianismo, cuando inflamado por el estro de los salmistas de Israel, nos presenta al pueblo hebreo lamentando á orillas del rio de Babilonia las tristes memorias de su desolada Sion; cuando en amantes suspiros prorrumpe en un estasis de alta contemplacion, y cuando en sencillas naturales estrofas nos revela los misterios de la divinidad humanada.

Acaso se advierte en sus obras un misticismo sobrado deseído, y austeridad y sequedad en algunos conceptos; acaso se le ve recaer con bastante frecuencia en triviales sutilezas teológicas y en una metafísica indefinible que abru-

ma la imaginacion del lector, cuyas facultades mentales no pueden soportar un grado de tension tan continuo y estremado; porque al espíritu no le es dado ocuparse mucho tiempo continuo de lo infinito, y necesita de alguna tregua y descanso para adquirir nuevas fuerzas de meditacion que sostenga el vuelo de una imaginacion atrevida y ardiente. Pero cualesquiera que puedan ser las imperfecciones y oscuridades que se notan en las obras de S. Juan de la Cruz, son tan leves comparadas con el raudal de gracias y resplandores con que en ella se bañan las almas, se hallan en cierto modo tan templadas con el admirable bálsamo de poesía que en cada capítulo derrama, y con los esfuerzos que redobla para poner en claro los misterios sublimes de que trata, que no desvirtuan ni oscurecen en lo mas mínimo sus maravillosos escritos, pudiéndose decir con la célebre escritora Stael al hablar de un poeta alemán, que cada vez que se leen sus obras se respira como un perfume del alma que hace sentir sumo atractivo para todas las cosas celestiales.

JOSÉ DE VICENTE Y CARABANTES.

#### COSTUMBRES PROVINCIALES.

#### LA BAJADA DEL ANGEL.



SIEN los sabios del día, que los antiguos como gente mas sencilla é idiota que nosotros, necesitaban que se les hablase á los ojos, ó por decirlo así, que se les sensibilizase lo que se les decia: de este modo aclaraban las palabras con la pintura, y á las veces era preciso aclarar la pintura con el escrito. Representaban, por ejemplo, un suceso por medio de un cuadro ó un relieve, y como el arte no estaba tan adelantado que indicase por medio de símbolos y atributos, y mucho menos por la expresion del semblante las propiedades ó los afectos que dominaban á los personajes representados, necesitaban poner al pie un rótulo ó bien un tarjeton en las manos, ó una cinta saliendo de la boca, que manifestaba por escrito sus cualidades ó las pasiones que los agitaban, y que el artista descaba expresar.

De este deseo, pues, de hablar á la vista, y sensibilizar las cosas inmateriales, provenian aquella multitud de objetos devotos que se veian en estos dias de Semana Santa, y que llenaban no solo las iglesias, sino tambien las calles y las casas. No bastaba predicar la pasion, era preciso que la viesen en procesiones, en monumentos, y hasta imitada al natural, como se hacia en algunos pueblos, especialmente en Alemania, y aun se refiere que en uno de ellos (creo que en Maguncia) un sugeto llamado el caballero Juan, la representó tan al vivo, que despues de llevar la cruz por todo el espacio marcado, y haber dado las tres caidas, estuvo colgado de ella por espacio de tres horas. Otros para sentir mas al vivo aquellos tormentos, y calcular con la propia esperiencia, se abrian las espaldas á bodocazos, se daban de bofetadas y aun se coronaban de espinas. Otras veces llamaban en su auxilio la mecánica y la escultura, verificando con estatuas el encuentro en la calle de la amar-

gura, la crucifixion, el descendimiento y la soledad de la Virgen, que besaba la corona y los clavos á impulsos de una cuerda que tiraban por detras, y que constituia el mecanismo de lo que llamaban la *Virgen viva*.

Nuestro siglo, que diz ser muy *positivo*, suele ridiculizar todas estas cosas, como antiguallas ridiculas ó supercherias fanáticas. Pero á fe que ni aun por eso merece privilegio de invencion, pues ya en su tiempo el P. Isla hincó el diente á muchas de ellas (en la 2.<sup>a</sup> parte del Fr. Gerundio de Campazas), aunque con la diferencia que aquel lo hizo sobre cosas que merecian la pena, y en el dia se suele hacer *reformistamente*, es decir, bueno con malo. No es mi ánimo meterme ahora en la cuestion de si aquellas cosas serian al presente un anacronismo, ó si por el contrario estarán con arreglo al tiempo presente; pero no puedo menos de conocer y decir que si bien el que llevara

en el dia las azules

bragas del conde Peranzules,

(como aquel dijo) haria una cosa ridicula, no es menos ridiculo querer que los antiguos tuviesen nuestras costumbres é inclinaciones, pues si entonces se hubiera uno presentado con levita y con un escobillon en la punta de la barba, mereciera que le hubieran seguido los muchachos como á perro con maza.

En una palabra, ya que se las critique en el dia, no se haga lo mismo con los que las introdujeron, cuando pudieran ser oportunas. Pero el resultado es que muchas de aquellas costumbres y pias observancias han desaparecido y van desapareciendo sucesivamente. Con todo, aun quedan algunas para muestra y para consuelo de los aficionados, aunque lo peor es que por lo comun se destierran las mas inocentes, y subsisten las mas ridiculas. Yo no he visto los tan ponderados pasos de Sevilla, y otras magnificas esculturas que salian á lucir en otras partes por estos dias, pero en cambio he visto en Zaragoza á S. Juan Evangelista, con unos manteos que parecia estudiante de la tuna; he visto la muerte de Ateca; he visto la oracion del huerto con naranjas colgadas de los olivos un paso de la cruz acuestas en que el Cirineo llevaba al hombro una ristra de habas tiernas; he visto el velo del templo hecho de cotton, y rasgado por la costura, al pregonepo de Jerusalem vestido de disciplinante negro; una escuadra de soldados romanos con coletos de ante; y á Pilatos con faja de teniente general y vara de alcalde: he visto... Si fuera á decir todo lo que he visto, haria una relacion por el estilo de la de Don Simplicio al bajar de la luna.

Pero lo que si he visto con no poco gusto (aunque me digan que lo tengo malo) es la bajada del ángel en Tudela, cuya descripcion procuraré dar en obsequio de los que no hayan logrado verla, y *ad perpetuam rei memoriam*, si acaso hubiese caido en desuso.

Considera, pues, alma cristiana y contemplativa, que te hallas á las márgenes del Ebro el domingo de resurreccion á cosa de las seis de la mañana: aproximate en espíritu á la catedral vieji-nueva de Tudela, y dejando á un lado su torre desmochada, avanza por aquellos escalones que allí sirven para bajar, asi como en otras partes sirven para subir; echa una rápida ojeada sobre aquella fachada en que estan figurados de medio relieve una cáfila de diablos y diablesas, pesando las almas, ni mas ni menos que pesan los gallegos de esta corte las seras de carbon: imaginate que entras por aquella catedral adentro, y despues de saludar á Moisés y S. Pablo que estan en el trascoro, sigue por la nave de la derecha y vendrás á parar á una puerta por donde salen las procesiones. Allí verás dos soldados romanos hechos de humo de pez y almazarron con dos tremendos brochazos por debajo de las narices (vulgo *vigotes*): su oficio es guardar la puerta, y son tan espantosos que se las

pueden tener mano á mano con los mismos diablos de la otra portada.

Principian á sonar las campanas, los fieles van saliendo de dos en dos, y tú piadoso lector para verlo mejor, haz cuenta que te colocas entre filas, y vas atravesando aquellas calles y encrucijadas, que no se parecen á la calle de Alcalá ni en lo ancho ni en lo recto. La procesion desemboca por un callejon en la plaza del mercado frente por frente de las casas consistoriales. En uno de sus balcones hay un tabernáculo á manera de biombo, en el cual estan fijas las miradas de la muchedumbre que llena la plaza, á no ser que las distraiga otro objeto que llama no menos la atencion.

Es el caso, que segun aquella regla de que lo ridiculo va al lado de lo sublime, se suele colocar en otro balcon paralelo al del tabernáculo un pelele, maniquí ó como se llame, vestido de pantalon encarnado y casaca azul, el cual tiene todo el cuerpo lleno de goznes, de modo que al columpiarse en el aire á impulsos del torno que lo menea, ofrece gratuitamente al público espectador escenas de descoyuntamiento superiores á las de Montero y Kelinigike; y no falta alguna vieja que al verle cimbrarse y ejecutar tan violentas posturas, esclame con tono plañidor; ¡y qué haya madres que paran hijos para verlos en tan triste situacion!

Entra la procesion por la plaza adelante, y entre tanto salen en direccion opuesta una cofradia llevando en andas á la Virgen, cubierta con un gran velo en señal de dolor, y viene á colocarse hácia la entrada de la calle por donde sale la procesion. Párase esta; descansan los conductores de la Virgen, y toda la concurrencia espera por momentos la apertura de los cielos y la bajada del ángel.

Abrese el tabernáculo (los cielos), y aparece dentro de él un niño de 12 á 14 años (el ángel), con sus alas pintadas, casco dorado, tonelete blanco, coraza bordada de lentejauelas, y demas adimniculos que tocan y atañen el atavío angélico. Entonces el numeroso concurso lanza un grito de alegría, las viejas lloran de gozo, y las jóvenes rezan Ave Marias para que no se rompan las cuerdas y se caiga el ángel. No hay que creer que este hace su descension por alguna maroma á guisa de bolatinero, ni mucho menos por escalera, lo cual seria muy prosaico: nada de eso; el mecanismo es algo mas complicado.

Su alteza angélica está colgada de una maroma en la cual hay una nube de lienzo á manera de timbal de la que pende el niño por medio de fuertes correones y abrazaderas: ademas lleva el un pie sujeto á otra maroma igual á la primera, lo cual hace su postura menos violenta. Estas maromas van á parar á una casa de enfrente desde la cual las tiran por medio de tornos, y en virtud de esto el ángel vá descendiendo.

La primera vez que presencié este descendimiento aéreo observé que todos bajaban la cabeza al tiempo de pasar el ángel por encima, y que entonces ni aun se atrevian á mirarle. Creí que esto seria alguna prueba de respeto, semejante á la de Elias cuando se cubrió el rostro con las manos al sentir el vientecillo suave que le anunció la presencia sensible de la divinidad. Pensando en esto, y mirando al ángel que en aquel momento era mi zenit, sentí de pronto un dolor agudo en la cara: creí que fuera *in poenam peccati*, pero bien luego me convencí de que no era sino un gran asperges de cera derretida que me habia interesado (hablando facultativamente) la frente y las cejas, las mejillas y la ropa. Es el caso que el ángel llevaba en sus manos una acha de cera labrada, y como iba haciendo cortesias á la Virgen á dos manos, repartia lamparones sobre los espectadores, bien al contrario que los reyes de Francia el dia de su coronacion.

Por fin llega el ángel en su descenso á un punto desde

el cual bajándose un poco la mano, puede coger el velo con que vá cubierta la Virgen. Entonces el público espectador lanza estrepitosos gritos de alegría, las campanas aturden, el pelele se agita haciendo las mas ridiculas contorsiones, y concluye de rasgar calzones y cascaca: entre tanto los de la casa de ayuntamiento pegan dos fuertes tirones, y en un abrir y cerrar de ojos vuelve el ángel al tabernáculo, y desaparece gracias á las portezuelas de este.

Entonces la procesion rompe su marcha por segunda vez, y vuelve á entrar por la puerta que salió.

V. DE LA F.

## AGRICULTURA.

### REMOLACHAS.



Una de las prácticas agrarias que mas han contribuido al adelantamiento de la agricultura extranjera ha sido sin disputa el sistema de cosechas alternativas. Este método tan sencillo, reducido á no dejar descansar jamás la tierra, conservándola siempre en un estado conveniente de producción, ha hecho la felicidad de los labradores de Bélgica, Holanda, Inglaterra y Suiza. Sus industriosos agricultores, situados en pobres, pequeños y miserables terrenos, y bajo un cielo fria y destemplado, han conseguido hacer producir á la tierra ricas y pingües cosechas, que les rinden lo necesario para vivir generalmente en la abundancia, y pagar las contribuciones y demas cargas del estado. No decimos esto como una cosa nueva, ni pretendemos llevarnos la gloria de ser los primeros en publicar esta verdad harto sabida, lo hacemos únicamente con el objeto de llamar la atención de nuestros labradores siempre rutineros, y siempre enemigos de todo lo que huele á inovacion, de todo lo que es adelante: repetimos una verdad ya enunciada por plumas mas diestras que la nuestra, con el fin de que escitados por su propio interés, procuren averiguar en que consiste la superioridad que sobre ellos tienen los labradores extranjeros.

Mucho nos alegraríamos de que nuestros labradores se convencieran de que el modo de hacer producir mucho á la tierra, no consiste únicamente en trabajarla con exceso, y emplear en ella grandes capitales: el verdadero misterio, la verdadera piedra filosofal que el agricultor debe afanarse por descubrir, consiste en sacar de su campo el mayor producto, con el menor gasto y trabajo posible. Este resultado puede conseguirse por medio de un sistema bien entendido de cosechas alternativas, y para adoptar este sistema, es preciso ensanchar el estrecho círculo de las plantas cultivables: es preciso que nuestra agricultura salga de la mezquina esfera del trigo, de la cebada, de la haba, de la judia y del maiz en que se halla encerrada generalmente. Infinitas son las plantas que podríamos indicar con este objeto; pero nos contentamos por ahora con hacer particular mención de la preciosa raiz de la remolacha, que en nuestro entender es una de las principales, y mas desconocidas de todos en el dia.

Esta planta, que apenas se cultiva por alguno que otro labrador; que solo se encuentra en algun mercado como cosa rara y de ningun valor; que únicamente se prosenta por estravagancia en las mesas de lujo, y mas particularmente en las de los extranjeros, forma entre estos un ramo considerable de industria, despues de haber servido como cosecha preparatoria ó alternativa, que es como nosotros la vamos ahora á considerar. En la vecina Francia, por ejemplo, aprovechan sus hojas cortándolas diferentes veces como se hace con las de la morera y la alfalfa, para darlas en clase de forrage á las caballerías y los ganados: de sus hojas hacen en algunos departamentos un tabaco muy regular que fuman sus habitantes con tanto placer como nosotros podemos fumar el de la Virginia, consiguiendo la doble ventaja de consumir un producto nacional, mas sano y mas barato: su raiz bien cocida en el horno ó en casa si se quiere, y aderezada con sal, aceite y vinagre, se sirve lo mismo en la pobre mesa del patan, que en la rica y opulenta del magnate para alimento de aquel, y apetito de este: de su pulpa, se hace un confitado muy esquisito, y que puede competir con el mejor de frutas: de la misma pulpa se consigue por medio de la presion un vino bastante grato al paladar y de regular fortaleza, el único para la clase pobre, cuyo gusto favorito consiste en beber mucho con poco gasto: la industria ha sabido hacer papel de dicha planta y un azucar sobre todo, sino tan esquisito como la que se extrae de la caña de América, muy útil por lo menos para diversos usos de la vida doméstica.

Al enumerar los diferentes é infinitos modos con que los extranjeros sacan provecho de la raiz de la remolacha, no es nuestro intento exigir que su cultivo se haga entre nosotros en una escala tan estensa: nada de eso. La industria española, muy mejorada de pocos años á esta parte, se halla todavía muy distante de poderse nivelar con la extranjera: muchos años han de transcurrir antes que podamos sacar de una sola raiz tantos productos, tanta utilidad, tanta riqueza. Esto vendrá con el tiempo: por ahora no pretendemos otra cosa, sino que nuestros labradores conozcan lo ventajoso que puede llegar á serles el cultivo de la remolacha, para que con ella puedan aumentar el número de plantas cultivables, y emplearla en la alternativa de cosechas. Si dicho vegetal no puede servirnos por el pronto para los diferentes usos á que le aplica la industria extranjera, podrá servirnos á lo menos para alimento de los ganados, caballerías y demas animales domésticos; y como estiércol, siendo enterrada en verde.

El cultivo de la remolacha es uno de los mas sencillos que hay, y quizá el que mas al alcance esté de todo labrador. Bien preparada la tierra con repetidas labores de arado y mejor de azada; perfectamente limpia de toda clase de malas yerbas, de raices y cautos; mezclada con una cantidad suficiente de estiércol, segun la clase del terreno, el estado de beneficio en que se encuentra, y el objeto que se lleva con esta cosecha, se encuentra en el caso de recibir la semilla. Encargamos mucho á los labradores que no escaseen las labores, y que las profundicen todo lo posible; pues la raiz de la remolacha crece y se ensancha en razon directa de lo mullido que encuentra el terreno, cesando de crecer y llenándose de potras fuera de la tierra, que la hacen fibrosa y de mala calidad, desde el momento en que tropieza con raices estrañas, ó con piedras y tormos. Al estercolar la tierra que ha de sembrarse de remolacha, se debe consultar el uso que quiere darse á esta planta. Es decir: si se desea emplearla en el mantenimiento de los ganados, caballerías y demas animales, conviene echar el estiércol en abundancia, para que su producto sea mas tierno, y el volumen mayor: si se prefiere enterrarla en verde, para que haga las veces del estiércol, con muy poco ó nada hay